León Benarós

ARTE DE COMUNICARSE CON LOS MUERTOS POR MEDIO DE LA MEJILLA

En la mejilla radica la ternura.
En ella se recatan los más densos poderes,
las formas de llegar por comunión purísima,
por amor y dolor, a la ribera
donde los muertos viven, sostenidos por rezos,
alzados por secreta voluntad de la sangre,
en un vivir extremo que no tolera olvidos
y se alimenta sólo de la luz de las lámparas.

Quien arrime la mejilla al desvaído, al ausente,
como el que, sien a sien, sin la menor palabra,
pide acercar latidos de una sangre igualísima,
podrá participar de ese bien infinito:
sentir la comunión con pálidos ayeres,
edificar un hombre que pareció abatido,
ser uno mismo y otra persona simultánea,
dar ser al ser más puro, más evadido y quieto.
A la mejilla confluyen
rayos de naturaleza especial
que ella sabe, solícita, recibir mansamente
y devuelve en mensajes de comunión extrema.

Cerebro y médula son, a los ojos profanos,
antenas previsibles del poder de captar
lo que el mundo de sí quiere, acaso decirnos,
Pero toda la sangre, y la piel, y los nervios,
son grandioso aparato de comunión mayor.
En todo somos. Todo nos comunica.
Y la mejilla, por delicadeza especial,
sirve al nocturno rito de llegar a las ánimas,
nos recupera nombres, palabras, actitudes,
puede secar el llanto de los más despojados,
propicia el claro júbilo de todo rencuentro

DECLINACIONES QUERIDAS

Nada como esperar los tránsitos temidos,
como mirar los rostros inclinarse al ocaso
para sentir, herido de penas infinitas,
el corazón maduro de elegías y canto.

Todo transcurre huyendo de su ser al olvido
y hacia las mismas aguas, las cosas y los seres.
Como un espeso manto sobre la tierra antigua
se acumulan los largos siglos indiferentes.

Sobre las construcciones que levanta el cariño,
un viento desolado sopla desde lo eterno.
De nombres abatidos se nos pueblan los días,
ceniza entre los dedos inclementes del tiempo.

Tercamente persisten las pausadas lloviznas.
En sus desgastes lloran tibias pretericiones.
Concurrencias infaustas, casualidades tristes
entrelazan fatales signos anunciadores.

En invariables ciclos rigen las grandes leyes.
Sin cesar nos desangran aconteceres diarios.
Demarcan sus destinos los hombres y las piedras
bajo la serenísima tutela de los astros.

Caravanas de pálidas presencias destruidas,
actuantes realidades que la piedad sostiene,
abrevan sus regresos en lágrimas recónditas,
vienen a acompañarnos en las tardes ausentes.

Congoja desatada por la sangre vertida,
por las frustradas jóvenes muertas en primavera,
por las cabezas grávidas de veranos maduros,
hacia la tierra bruna volcadas como cestas.

Hubo un extraño río poblado de retratos.
Mirábanse en sus aguas los infantiles rostros.
Hoy navegan en salas malheridas, borrosas.
Desdichados, sin pulso, vienen hacia nosotros.

Y son reconocibles, y el invocarlos duele
-temeroso deseo de conjurar sus sombras-,
y no llenan de horrible, amoroso respeto,
náufragos sobre mares de doloridas ondas.

Amargo desapego, sino desamorado

del que habita los ámbitos fríos de lo Innombrable.
Clamarán en desierto sus voces lastimeras
como órganos sonoros entre sus grandes naves.

Librados al agobio de crueles sucederes,
transferidos al hálito de frescor de las hierbas,
respirarán profundos aromas aprendidos
en estrecha amistad de frondas y arboledas.

Ni sus flores marchitas, ni sus apasionados,
trémulos epitafios sostendrán su estatura.
Pero si algo salobre rueda desde los ojos,
se alzarán en las cosas que su historia circunda.

Entre viejos baúles, súbitamente hieren
sus muertas pertenencias sin dueño ni cariño.
Las horas se iluminan de vívidos quereres
y se templan de amor los minutos perdidos.

Anclados en sus hábitos, limitando en perfiles,
en la minucia cruel de sus pequeños hechos,
se estarán en el duro saber del desasido,
mirando regresar sus remotos recuerdos.

Quedarán sus palabras, sus postreros deseos,
su voluntad final marcar su tránsito.
Un gesto, una sabida manera, una sonrisa
para alzar desde el polvo su perdido retrato.

Les sabrán a piedad los vasos y el aceite;
a lástimas oblicuas las consagradas flores.
Sus manos sin amparo buscarán en la sombra
árboles de cariño para grabar sus nombres.

Fieles protagonistas de fugas y regresos,
dadores de sus íntimas materias requeridas,
estarán sus memorias por los grandes ligustros,
temblarán entre dulces corolas fugitivas.

Ya pasarán sin número ni cuidado sus días.
El tiempo, como un bloque, pesará en su recuerdo.
Vanas serán sus preces por unirse a nosotros.
Clausurarán sus bocas las cales del misterio.

Sólo el amor se salva. Su lumbre fervorosa
estalla en carmesíes, iluminando pétalos.
Nos encadena a nombres defendidos. Levanta

sobre la tierra oscura sus rosales violentos.